

X V. GABRIEL GARCES

X Filosofía de la vecindad



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

FILOSOFIA DE LA VECINDAD

Vecindad es cercanía para los hombres y las cosas. Llamamos vecino, con cierta calidad de afecto y amistad, al individuo que vive junto a nosotros, cerca de donde hacemos nuestra vida. Vecindad, por consiguiente, resulta un plano de interrelación de las gentes, lazo de acercamiento entre sí, metodología de la intimidad. Son vecinos los individuos pegados unos a otros o que lo están siquiera por el contacto diario, frecuente entre ellos. Entre vecinos de casa, de barrio, de localidad, de pueblo existe naturalmente vínculos más serios y fuertes que van debilitándose a medida que se aleja la vecindad y que al alejarse deja de serlo. Hay en verdad una corriente estimuladora de la comprensión y la solidaridad entre vecinos, muchísimo más que entre hombres que siendo de una misma patria la distancia física no favorece la relación continua que la vecindad comporta.

Las cosas además pueden ser, y lo son realmente, vecinas unas de otras. Pero esta vecindad solamente hace referencia a ubicación física, colocación en el espacio geográfico. Predios vecinos son aquellos que colindan, que están el uno a continuación del otro. La sabiduría del Código Civil indica y señala lo inherente a esta vecindad y hace conocer una serie de problemas que dicha vecindad establece y para cuya justa solución ordena normas que han de aplicar los hombres que en tales predios actúan o trabajan.

La vecindad en su mejor sentido ha de considerarse humana. Porque la otra vecindad, la de las cosas, es inmóvil, fría, fatal e inexorable. Vecindad de los hombres es asunto en que la vida interviene y en que el espíritu acciona y reacciona, según las circunstancias. Los vecinos obran de una manera que no es, o no debiera ser, la manera habitual en-

tre no vecinos. Esta vecindad es efectiva, creadora de posiciones que modifican el método normal lleno de indiferencias que es el método de convivencia a distancia, con lejanía de por medio. Los vecinos, por lógica de cercanía entre hombres, parecen ser quienes con más verdad se conocen, se estiman, se consideran. Vecindad es tanto como decir proximidad de almas, de espíritus, condición esencial de buenas relaciones. El vecino asume, casi, casi condiciones de un parentesco real. Se observa semejante cosa entre las gentes rurales aún más que entre las urbanas, más pegadas éstas a los convencionalismos y a las tramoyas de la simulación y la falsía. La vecindad obliga, exige cortesías, mutuas concesiones, recíprocas expresiones de acercamiento espiritual, a más del físico. La órbita de la vecindad resulta estrecha: a mayor acercamiento corresponde mayor contacto y, por ende, mayor confianza y hasta afecto. El vecino de vivienda es o debe ser más conocido y apreciado que el simple vecino de barrio, puesto que el primero está más cerca, más próximo que el segundo. Los motivos de vinculación se hacen más fuertes y serios en tanto es menor la distancia de los hombres en su diario vivir.

Por cierto, y aquí aparece la primera contradicción, el hombre es el que se presta a las afecciones que la vecindad provoca y aún produce en sentido favorable y positivo. Gusta el vecino que su vecindad fuese más personal, más de su vivir íntegro, aunque no íntimo, antes que de las cosas que están vecinas por su localización espacial. Las cosas tienen necesariamente un punto o, si se quiere, una línea de contacto perfectamente señalada. Dicha línea es infranqueable y severa en su significado. Dos predios vecinos, por lo mismo, si no se altera el punto o línea de contacto entre sí, mantendrán la paz de sus dueños y el avenimiento entre ellos. Pero si se pretende alterar aquel punto o línea, cómo surgen automáticamente las diferencias los vecinos se riñen y pelean!

Y esta vecindad de las cosas, naturalmente en relación con los individuos que las gozan o poseen, tiene extrañas maneras de afirmarse y sostenerse. Predios vecinos, sí, pero delimitados necesariamente. Hay que poner linderos infaltables, fundamentales. Y se hacen muros, se abren zanjas, se alzan paredes, se colocan mallas, alambradas, obstáculos de toda especie, justamente para que la vecindad se muestre en cuanto a la cantidad y aún calidad de los vecinos. Las viviendas vecinas, claro está, han de estar cerradas y obstruí-

das para cualquier intento de mirarse siquiera entre vecinos. Jamás puede el vecino apartarse un milímetro de su línea vecinal y recíprocamente. Las medianerías son una curiosa vecindad de las señales de delimitación: la mitad del muro, la mitad de la pared divisoria —así se llama y nunca de otro modo— pertenece a cada uno de los vecinos, salvo prueba en contrario. Los hitos y marcas o señales resultan, a la postre, no de acercamiento posible, sino de separación irremediable. El muro no es invitación aproximadora, sino lo contrario, rechazo, advertencia cuando menos para que nadie ose quebrantar la paz vecinal. La vecindad, en este sentido, aparece paradójica: simula cercanía, parece método de unión y resulta en su fondo un sistema negativo, negación de aproximación.

Las ciudades antiguas, los señoríos feudales, las poblaciones siempre temerosas del asalto de sus rivales y adversarios, ponían murallas de defensa y de separación. Allí no había afán de acercamiento ni maneras de proponérselo, sino absolutamente lo contrario metodología del resguardo, del cuidado, de atalaya. Edad del viejo y sórdido egoísmo de los hombres y de las clases sociales, se explicaba entonces semejante procedimiento de aislarse, de alejarse, de separarse necesariamente. Pero hoy que proclamamos la solidaridad, la fraternidad, la unión de los hombres y los pueblos, resulta extraño que mantengamos siempre la sospecha, la desconfianza acerca del comportamiento de nuestros vecinos para poner frente a ellos, inevitablemente, la señal fundamental o advertencia de que hasta allí no más tiene derecho el vecino y ni un milímetro más porque este milímetro ya es ajeno a él precisamente porque es mío o de un tercero.

El lindero, la actitud de deslinde, el amojonamiento, muro o pared, de cal y piedra o simple hito consistente en una piedra o una hilera de árboles, representan, en fin de fines, un alto al derecho de terceros frente a mi derecho personal. Cuando levanto un muro es que de hecho separo mi heredad de la heredad de mi vecino; separar, es decir alejarlo, ponerlo a distancia cuidadosamente. Hé aquí cómo el significado social de la vecindad pierde sentido y eficacia con las manifestaciones reales de la vecindad de las cosas que a los vecinos pertenecen. O lo que es lo mismo, la vecindad solamente corre, cuenta, tiene significado en cuanto la relación que ella establece no afecta jamás al derecho de la pro-

piedad. Vecindad es lazo entre personas, pero es contención y súbita señal para que sobre las cosas nunca se cambie su extensión y su sitio, puesto que cambiarlas implicaría un peligro de alteración de cosas que a terceros conciernen.

Los límites no tienden a acercar. Parecería que, al contrario, tienden a separar. La frontera es una automática advertencia al individuo para que no pase más allá de su línea concreta y definida. Pleito de límites o litigio de fronteras resultan cosas muy serias y fuertes. Los vecinos se tornan automáticamente adversarios enconados cuando el lío trasciende a expresiones judiciales o a conflictos de variada calidad y grado. Cómo se discute y cómo se riñe ardorosamente por la porción de heredad que se la estima afectada por las pretensiones del vecino! De qué manera intensa, íntima, se suele reñir por la integridad del predio, por la intangibilidad del derecho de propiedad, por la simple tentativa de obras nuevas, en el significado jurídico de obras nuevas entre predios vecinos!

No podemos aún habituarnos a la llana superficie de las cosas sobre las que mantenemos derechos, sin dividirlos, sin señalarlos por todos los medios, sin colocar linderos claros, sin hacer muros y tanto más fuertes y poderosos como para que los siglos los respeten. La pared que levantamos en los linderos la quisiéramos eterna, fornida, indestructible. La zanja que abrimos la deseáramos profunda e infranqueable siempre. Es que en el fondo de nuestro ser impera el yo absoluto y jamás el **nosotros**. El derecho es **mi** derecho y no el **nuestro**. Los sentimientos que la vecindad induce son sentimientos, pero que no obstan a la sagrada y consagrada intangibilidad del yo. Vecindad, pues, es asunto lleno de complejidades y por la misma razón está llena de problemas. Sociológicamente la vecindad establece medios positivos de relación interhumana. Pero esa misma relación, si se matiza con cuestiones económicas, se transforma en método de vigilancia y asecho, precaución constante para descubrir qué hace, qué piensa, qué intenta el vecino. Por consiguiente, en tanto la vecindad no halle elementos de desconfianza y peor si encuentra verdades de temerosa gestión entre vecinos, resulta favorable método de acercamiento humano, pero no tan hondo y justo como para que en cualquier instante no se cambie en ausencia de estímulos de aproximación por la presencia del odio y la rivalidad y la contienda.

Si se examina lo que ocurre entre comunidades huma-

nas mayores, se podrá establecer que en éstas, desde la familia hasta la nación y entre familias y naciones, ocurren los mismos fenómenos que entre individuos con respecto a los problemas de la vecindad. Los conflictos entre parroquias, entre cantones, entre provincias, dentro de la realidad de un país como el nuestro, surgen casi siempre por provocaciones vecinales, por rivalidades de grupos, por enconos que traducen viejas querellas que inclusive pueden arrancar de reclamos por linderos, por fronteras, por hitos delimitadores. La vecindad de pueblos, desgraciadamente, no es fuente de acercamiento optimista y correcto como debería ser, sino muchas veces fuente de disgustos y problemas reñidos con la cordialidad y la armonía. Los pueblos vecinos no son los mejores ejemplos de compostura inter-social, pese a que se lo simula y finge. Las fronteras nacionales, por ejemplo, cuánto dolor han producido a las colectividades, cuántos desastres y conflictos. La vecindad de naciones resulta un **camouflage** de sentimientos y en lugar de intimidades crecen las explosiones de la discordia y el celo. Los ríos, las cordilleras, los hitos demarcadores de límites jamás pueden reputarse como señales de acercamiento, sino profundas advertencias de cuidado, de alerta para que los hombres no traspasen las líneas divisorias nacionales. Líneas divisorias, esto sí, no líneas de contacto, de acercamiento, de unión entre colectividades de una y otra nación.

Hay, pues, un fatalismo inexorable en la vecindad: es afán de estrechamiento, pero es a la vez alerta y cuidado; es estímulo de aproximación cordial de los seres humanos, pero también severidad atenta a todos los temores de que aquella vecindad resulte farsa y como farsa produzca malvadas consecuencias. En el fondo del espíritu humano, sea que se trate de un hombre frente a otro hombre, sea que se refiera a pueblos entre sí, germina siempre un torvo e inconfesable egoísmo. Cada cual querría, en la intimidad profunda de su yo, erigirse en rey y señor de su dominio, castillo cerrado, atalaya eterno de desconfiados visos de solidaridad que la cultura impone y exige. La vecindad es así: ir y venir de impulsos contradictorios que unas veces acercan, aproximan, sobre todo en la esfera de las relaciones de los hombres, y otras veces, muchísimas por desgracia, entraña rechazos, alejamientos, problemas de toda índole y cuando menos un cuidadoso recurso de mantenerse siempre alerta para saber que piensan, qué intentan los vecinos.

La Sociología, el Derecho, la Política, la Economía, todos los ramos de las ciencias sociales en fin, tienen que estudiar atentamente los fenómenos tan extraños, tan raros, tan ininteligibles que la vecindad crea. Porque la verdad es que no se puede ni se debe admitir en forma irrevocable que esa condición de vecinos que la cercanía física establece no lleve consigo una lejanía cada vez mayor de los espíritus. Los vecinos, apareciendo próximos, pueden estarse tan distantes unos de otros.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL